

Carta abierta al R.P. José Morán sobre el sacerdocio*

Revd. Padre:

Dos razones me llevan a tomar la pluma, ya oxidada, para dirigirla esta carta abierta, escrita con miras a su publicación en la revista que hasta ahora ha dirigido Vd.: una, el mal sabor que me dejan sus escritos sobre el sacerdocio; otra, el error en que pueden incurrir los lectores al achacar a la Orden Agustiniana doctrinas que son personalísimas suyas. Me refiero a su artículo *EL SACERDOTE COMO SUPLENTE*, aparecido en "Estudio Agustiniano", en el que se vierte más bilis sobre el sacerdote clásico que pudo derramar en su vida Diógenes, el amargado.

Seguiremos los mismos apartes que hace Vd. en su estudio, para mejor inteligencia. Sin más preámbulos, picamos espuelas porque el camino es largo.

I REFLEXIONES PARA UNA TEOLOGIA DEL SACERDOCIO.

Comienza por invitar a la reflexión y a la sinceridad. Acepto ambas tarjetas. En franqueza y claridad me gustan cuentas corrien-

* Ya en prensa la CARTA ABIERTA, nos sorprendió la muerte de su autor, el cual parece como que nos ha querido dejar su testamento, en el que se refleja su vida espiritual y su temperamento polemista. Tiende el velo de la caridad y comprensión a las personas, mientras refuta acatoradamente las ideas, que considera falsas.

• Sin entrar ni salir en las características peculiares de esta CARTA ABIERTA en relación con el artículo controvertido *EL SACERDOTE COMO SUPLENTE* (V. *Estudio Agustiniano*, vol VI, fac. II, 1971), complacemos tanto al autor de esta CARTA que nos ha pedido su publicación en nuestra revista, como al P. José Morán que en la presentación que hace de su artículo (ib., p. 39) dejó escritas estas palabras: "La revista está siempre abierta a un intercambio sobre estos temas en busca de una solución siempre provisoria, ya que el mayor error consistiría en 'eternizar' lo temporal y transitorio" (Nota de la Redacción).

tes. Si a veces levantan ronchas... diré con el refranero: "A quien le venga el guante, que se lo plante".

"Si la Teología busca un fundamento, algo real, éste no puede darlo más que la vida" (p. 239).

Se entiende que se trata de la teología nueva que el autor busca para el sacerdote nuevo. Pues bien, como esta vida es tornadiza y frágil, su teología irá tan segura como agua en canasta.

Y sigue:

*"No vale gritar o pregonar que el sacerdote está per-
velación a los sacerdotes"* (Ib.).

Si Vd. escribe del sacerdote y se desentiende de su carácter y misión, lo escrito será chanfaina de pobre o sal descompuesta, que no sirve ni para estiércol, según la evangélica expresión. Hacer sacerdotes de una plumada a todo el mundo, porque éste represente ante Dios a los hombres, es como mandarnos a todos a la O.N.U. para ventilar allí los asuntos que nos conciernen como individuos o como ciudadanos.

*"No vale ya gritar o pregonar que el sacerdote está per-
diendo hoy su identidad... No hay ideales, se ha perdido el
genuino concepto sacerdotal. No. No es eso. Se trata sen-
cillamente de que viven con mayor intensidad, profundi-
zan en vivencia y reflexión su función, ésa que se les ha
asignado, y no pueden conformarse con ella, porque notan
que hay un algo que no les permite ser personas"* (Ib.).

, ¿Y siguen llamándose curas? No merecen los honores de la especie ni en edición femenina. No hay hombría ni vergüenza en quien, comprometido en su oficio, sigue en él sintiéndose incapaz de desempeñarlo y más "impidiéndole ser persona" ¹.

1. A cada paso menciona Vd. la **persona** y la **libertad**, como si ambos conceptos le estuvieran reclamando algo que les debe, y yo creo que les debe mucho. Aparece como tatuado por Sartre de las manos ateas de dicho filósofo y de sus antecesores Nietzsche, Heidegger y ahora Marcuse, y devolvería al campamento cristiano, de donde procede. Ustedes saben mejor que yo, ser S. Agustín el exponente más alto de la filosofía de la persona humana y de la libertad. Pues ármense de él y pulvericen el nihilismo sartriano y la nada a que nos lleva, envuelta en una libertad ilimitada, incontrolada, absurda. El existencialismo ateo jamás salvará a la humanidad del caos en que yace, como la salvó el de Hipona, cegando a los bárbaros con la espiritualidad y la esperanza cristianas. Las circunstancias son muy parecidas. Dios les ha dado talento y los hombres facilidades para ser luz del mundo que ilumine y salve.

“Se quiere hallar una solución en la aceptación de esa propia función, que sería ya una mutilación para él”.

¿No le parece que tanto *on* suena malón y, por cierto, no de Chaide? En primer término nadie les obligó a hacerse curas. Además, en doce o trece años de carrera debieron aprender los deberes y derechos del oficio, y los medios para cumplir unos y defender otros. Nunca ni en nada hubo trampa ni cartón. Se les enseñó de mil maneras que colocarse entre la ira de Dios y los pecados del mundo (oficio primarísimo del sacerdote), es puesto de peligro. Que la carne es flaca y necesita fuertes rodrigones del espíritu: oración, ayuno, retiro, disciplina, entrega completa y desinteresada, únicas armas valederas en los inevitables combates. Puestas de relieve las dificultades en perspectiva, se les concedieron diez días de retiro para tentarse la ropa y medir sus fuerzas ante Dios y su conciencia. Más aún, en el último momento, con voz emocionada y temerosa dijo el Ministro Ordenante: “Reparad, hijos míos, en esas dos letras que afloran a vuestros labios y que se pronuncian en una fracción de segundo; pero el *sí* que expresan, repercute en el cielo con ecos de eternidad”. Dijeron sí ante Dios, ante la Iglesia y ante los hombres. ¿A qué vienen ahora esos lamentos y mutilaciones y todos esos *ones* con que nos machaca? El soldado valiente muere si es preciso, pero no se rinde, no se entrega, y menos ante enemigos femeninos: que a eso se reduce su nueva teología.

“La queja es muy general... y se concreta en una falta de personalidad humana en el sacerdote, en su ser doble y en su desdoblamiento. Parece como si en lo espiritual tuviera una vida y en lo natural buscara otra que no acierta a definirse” (p. 240).

Todo ese embrollo, que alguien de estrecho cerebro podrá calificar de psicología profunda, se resuelve en la perogrullada de que el sacerdote es hombre que tiene las mismas pasiones rebeldes que los demás hijos de Eva. Para combatirlas el sacerdote debe esgrimir las mismas armas que le enseñaron en el seminario, convencido de que la lucha resultará larga y dura, pero será inmarcesible la corona, bajo la mirada del Jefe, que le dice: “Bravo, siervo bueno y fiel, cuenta con mi gracia, sigue luchando, mientras los ángeles aderezan el blasón de tu triunfo, que estás ganando con brío”.

A los que abandonan esas armas y se duermen sobre laureles bien o mal conseguidos, se los come el tigre, quiero decir, el mun-

do y las mujeres. En eso se resuelven todos los desdoblamientos, crisis y vivencias con que pretenden tapar la derrota en el sagrado ministerio.

“Se despueblan los seminarios y los sacerdotes abandonan con facilidad su misión”.

Dice Vd. a renglón seguido. Con tales maestros y semejantes doctrinas es milagro que entre nadie. Por lo que hace a los que se van, lo sentimos más por ellos que por nosotros. Dios sabe hacer de las piedras hijos de Abraham y disponer doce y más legiones de ángeles para librar sus batallas. Pero en esos ejércitos no tienen plaza los soldados que, panza en tierra, buscan las aguas del placer vedado.

“Estas reflexiones... son producto de muchas vidas..., meditaciones en alta voz (¡pobres discípulos!), las reflexiones se elevaron a categoría y explicaban un fenómeno. Y la explicación parecía ir por buenos caminos. Tal vez la solución no se vea todavía” (Ib.).

Yo sí la veo. Más de dos tercios de sus discípulos, este año, se echaron atrás al llegar la Ordenación, so pretexto de no haber pensado bien —¡después de trece años de carrera!—. Esos mismos estudiantes subestiman la Misa, desprecian el Rosario, hacen mofa de Santo Tomás y del Kempis, alimentan su espíritu con la Sagan y otros autores parecidos, y sus inteligencias con teologías protestantes. Hacen novillos de la oración, pero van al cine a ver escenas de alcoba. Digamos en su descargo que personas muy cualificadas y conocidas de ellos ocupan las sillas de adelante. ¿Le parecen a Vd. poco rápidos y contundentes los avances de su teología redentora?

“Pero el estudio profundo del sacerdocio en sus dimensiones totalitarias urge, si queremos dar solución a una conciencia que se apodera cada día más de los sacerdotes colgados entre cielo y tierra, sin poder definirse con claridad. Ya no se trata sólo del sacerdote obrero, o del sacerdote político, o del sacerdote secularizado, o del espiritualista... Se pretendía un contacto humano y confiado, con mayor ternura y corazón”.

¿Con más corazón y ternura que San Agustín, San Francisco de Asís, el de Sales o San Juan Bosco?

Jesucristo y la Iglesia no quieren ni reconocer a sacerdotes con apelativos, sino a sacerdotes integrados en el mundo sin pertenecer a él: "non estis mundi", para sacrificarse por él y marcarles las sendas de la vida. No tiene nada de extraño que los sacerdotes "ye-yés", que han extraviado el camino, se sientan desorientados, como perro perdido, que husmea en todos los portones para ver de encontrar a su dueño.

Sigue la meditación:

"De aquí que también quienes se han complicado en todo esto hayan vuelto al mundo, como se decía, terminando por ofuscárseles el sentido de su sacerdocio. A pesar de la preparación espiritual -y quizás por ella- y de la formación intelectual, algo no llevaba la vida sacerdotal".

Precisamente, por haber abandonado el cultivo del espíritu, por no corresponder a la gracia que necesitamos de todo punto para sostener la lucha a que está destinado el sacerdote, por eso sufre Vd. y sus contertulios las ofuscaciones que nombra; por eso vienen las hambres caninas que pretenden acabar con la bellota de los sentidos desbordados, alimento que no es propio ni del hombre ni del espíritu.

Nada tiene de extraño que el sacerdote *cuelgue entre el cielo y la tierra*, como Vd. dice, cual lacio pingajo, reliquia y despojo del combate perdido.

II SUPLENTE Y COMODIN.

Por décima vez invoca la sinceridad y debe ser porque la necesita. Le ocurre lo que a mí con el dinero, que sólo conozco de él el nombre y la falta. Todas esas protestas en asonantes gongorismos y fórmulas cabalísticas son dignos pañales de su teología *non nata*. Entretanto, siguen las meditaciones en alta voz, acumulando negruras sobre el sacerdote nuevo, y bilis contra el clásico y los seminarios donde se formaron:

"En un mundo de seguridades, el sacerdote es el hombre más inseguro, no ya sólo en cuanto hombre, sino en cuanto sacerdote y quizás por serlo" (p. 241).

¿Cree Vd. *sinceramente* en la seguridad de este mundo en que vivimos? El Papa, los hombres de estado, la prensa, el ama de casa

y yo sentimos no compartir su optimismo. Nos tiembla el pulso al encender la radio todas las mañanas, porque tememos la noticia de la hecatombe. Yo diría, más bien, que el sacerdote legítimo es el único seguro en esta sociedad que se tambalea, borracha de placer materialista y de diabólico orgullo. El cultiva el espíritu inmortal y cree firmemente en las promesas de su Jefe, que son de supervivencia y de triunfo. Los que sí tienen menos estabilidad que payaso en cuerda floja son los de la *nueva teología*, quienes, sin coraje para reprimir las exigencias ilícitas del cuerpo, siguen viviendo a la sombra de la Iglesia, pasando por la cruz del pantalón sus mandatos y haciendo mofa de sus tradiciones y enseñanzas.

¿Cómo no va a declinar la aristocracia y supremacía del sacerdote entre los fieles que Vd. cita, al ver que hacen burla del Papa, ponen el breviario por montera, se ríen de la confesión, cambian la sotana, o el hábito, por camisa de manga corta para lucirla en playas y merenderos? “Si sal evanuerit...”. Antes es gran milagro que por esos mundos quede una pizca de fe cristiana.

Echa Vd. mano del argot futbolístico, en el que parece calzar muchos puntos, e identifica a los sacerdotes con los suplentes de los titulares. Habla de *sustitutos, reservas, comodines, acechos para conseguir los primeros puestos, ansias de ser figuras, hambre de publicidad, sumisión a entrenadores...*; para terminar como gallos en corral ajeno:

“En realidad tienen que servir para todo y terminan por ser unos mediocres, unos tapagujeros, sin aspiraciones y materializados” (p. 241).

¡Pobrecitos! se ve a tiro de ballesta que retrata perfectamente a los sacerdotes de la nueva ola, pues no parece incumbirles aquello de Jesucristo: “El que quiera ser mayor, sirva a los demás”; “no sabéis lo que pedís al solicitar los primeros puestos”; “aprended de Mí que soy manso y humilde”, etc. Diríase que escribe para los que ni de oídas conocen el Evangelio. Pero Vd. sí lo ha leído, como que cita a san Pablo mismo, cuando quiere para sus discípulos, aspirantes a la Vida Eterna, el brío y entusiasmo que ponen los atletas para ceñirse coronas de laurel y paja.

La clase en alta voz sigue su curso:

“Vi entonces al sacerdote como un suplente, como un reserva, como un comodín. Y lo era a todos los niveles, como

sacerdote y como hombre... Ya no era cuestión de entretenerse simplemente en analizar la función de suplencia del mismo hombre, instrumento en manos de Dios, cachicán en el campo del mundo a las órdenes de Dios, aunque con tendencia a independizarse" (P. 242),

La cachicanía, de que habla en tono peyorativo, es nuestra mayor gloria, y presumimos los sacerdotes católicos de trabajar bajo tan excelso patrón. Por lo que hace a la tendencia a independizarse, ¡buena nos la armó con el desbordamiento...! Y aún nos queda para rato.

"Es verdad, y lo continúa siendo, que el hombre por ser creado pende de Alguien, pero no lo es menos que Dios le ha dejado en libertad para que él desarrolle esas potencialidades y ponga en marcha cuanto se le ha dejado en embrión. El podía por su cuenta y con su libertad realizarse, bajo la mirada de Dios, que actúa por cuanto había dado al hombre para que se perfeccionara. Era también un poco el suplente de Dios en el mundo, pero Dios no aparecía más que en la energía y en la marcha, en la actividad, no en la reserva, no en el banquillo" (Ib.).

Esto, como ven, pacientes lectores, es tan claro como la tinta china; pero le sobran motivos al autor para esconder el plumero. Hubo un monje inglés, que se llamaba Pelagio, quien fue declarado hereje por afirmar que Dios creó al hombre con inteligencia y voluntad y lo abandonó a su destino sin más intervención por su parte, ni más providencia, ni más gracia. ¿No quiere decir eso mismo usted? Las palabras citadas suenan a pelagianismo, como a fuego la sirena de los bomberos.

Para todo católico Dios jamás está en la reserva; preside la caída de la hoja seca, hace lo mismo con el movimiento de los astros y alimenta a los gorriones. Sin embargo no faltan quienes desearían su desalojo total.

Sigamos con el logogrifo:

El hombre era figura en el mundo y obraba en él, no representaba a nadie, aunque sea signo sensible, Pero es, no sólo está o actúa.. Es. El sacerdote, en cambio, era un suplente y un comodín en el pleno sentido de las dos palabras. Y por sacerdote no podía ser hombre-figura que des-

arrolla su actividad y actuación en el mundo por el bien de los hombres, porque estaba marcado. Era libertad en cuanto hombre y coacción en cuanto sacerdote. Y esto destrozaba su existencia" (p. 242).

Confieso sinceramente que estas cabalísticas expresiones resultan para mí sutilezas, cuyas puntas se pierden en las nubes. He tratado de exprimir las, y me han dado menos sustancia que un corcho. Veamos de hacer un ligero comentario a las últimas palabras, colofón y quintaesencia, suponemos, del pensamiento del padre. ¿Cree Vd., sinceramente que sólo el sacerdote siente coacción en su libertad? Podemos decir, sin temor a ser desmentidos, que llevamos muchas más coacciones que pelos. Desde los cien códigos con mil leyes cada uno, hasta el semáforo de la esquina, que con ojo sanguinolento detiene nuestra marcha; desde el microbio importuno de la gripe, hasta la bacteria que se coló en el agua que bebemos y nos produce la fiebre tifoidea; desde el funcionario indolente, eterno como Dios para dar un visto bueno, hasta la cocinera que por retrasarse el carnicero no tiene a tiempo la comida, todas son trabas y coacciones a la libertad humana, pobre capa con más agujeros que red de anchoa.

¿Quién podrá contar las coacciones, limitaciones y recortes de la libertad que tiene que sufrir el hombre, ya sea sacerdote o no lo sea? Si Vd., padre Morán, logra suprimir, con la nueva teología que está incubando, siquiera una centésima de los baches en que cae el hombre libre, haga una edición millonaria y con alto precio, porque se la arrebatemos en tres minutos y un cuarto.

III UNA TEOLOGIA DE SUPLENCIAS.

La abundancia de mercancía obliga a rebajar precios. ¿No caerán bajo esa ley las mil y una teologías que inundan al actual mundo? No sabemos si afectará la crisis a la del padre Morán, bien fundada en la vida del sacerdote que, desengañado,

"Trata de buscar camino en la práctica... y que ha llegado a plenificar su existencia. Para ello antes tiene que desmontar" (p. 242).

Y no se trata de un jamelgo cualquiera: consiste en barrer la teología tradicional católica y erigir sobre su suelo limpieto la nueva,

que rechaza comodines, suplencias, delegaciones, figuras de segundo orden y toda coacción que deprime y esclaviza.

Y como para derribar las buenas causas no hay mejor herramienta que la calumnia, de ella, se vale el autor, y la maneja bien:

“El sacerdote, en general, ha crecido en una teología instrumental y no personal, en una espiritualidad deshumanizada y despersonalizante; aunque se le repetía que existe una personalidad superior y que no es persona eso que se dice ordinariamente, sino que uno es persona por su compromiso ante Dios” (p. 2,43).

Pero, ¿qué maestro ortodoxo o qué escuela católica han enseñado jamás semejantes disparates? ¿No está Pablo VI, como todos los Pontífices que le han precedido, condenando con claridad meridiana el aborto por llevar incluido el asesinato de una persona aún no nacida?

Seguimos leyendo:

“Por una parte cuando se hablaba de persona, se le estaba recordando un poco el tratado sobre la Trinidad y la persona de Cristo en la Cristología”.

¿Pero es persona Cristo? ¿No nos viene repitiendo Vd. machacadamente que el que está sometido a otro y hace sus veces es *comodin, nadie, nada*? “Mi doctrina —dice Cristo— no es mía, es del que me envió; Yo he venido para cumplir la voluntad del Padre”, etc.

¿O es que Cristo y su Evangelio no tienen silla en los coloquios que Vd. sostiene en alta voz con sus oyentes y discípulos?

“Categorías todas ellas que no entraban muy bien en su cabeza”.

No entrarían en la de Vd. ni en las de sus adoctrinados, pero en la nuestra sí, y se nos grabaron a buril de fuego, de tal manera que “abandonamos padre, madre, patria y todo, para ir cantando por el mundo, ofreciéndole la salud que encierran esas categorías, inaccesibles de todo punto a quienes hablarles de virtud, de espiritualidad y sacrificio es como repicar a misa con cazuelas zamoranas. Y conste, P. Morán, que, no obstante la polilla y achaques que los años traen a la vida, estamos dispuestos a volver y ocupar los puestos de avanzada que se niegan a cubrir sus contertulianos, o de los que desertan a los primeros encuentros con el Anofelax que lleva en su

aguijón el paludismo, o con la nigua y el ixangüe que gustan anidar bajo la piel del misionero. ¿Quiere Vd. decir que los seminarios fueron hasta ahora chiqueros en los que se *ocultaba* a niños cazados a lazo como terneros, que pasaban la vida añorando a la mamá y llorando y gimoteando? ¿No le enseñaron a Vd. que el hombre es una gusanera de pasiones y tendencias desordenadas, y cómo y con qué armas se vencen? ¿Se avergüenza Vd. de haber aprendido al P. As-tete? Diríase que escribe para hotentotes o que trata de tomarnos el pelo.

Y sigue con las vicarías, suplencias, segundas figuras al servicio del pueblo de Dios:

“En una palabra, lo recibe todo, y en tanto puede algo en cuanto se lo dan” (Ib.).

¡Otro nuevo descubrimiento! Vd. que citó a san Pablo muchas veces, ¿no leyó que de sí no tiene nada y que todo le viene de Dios? “¿Por qué te engrías y presumes de lo que no te pertenece? Por la gracia de Dios soy lo que soy”. “Todo lo puedo en el que me conforta”. Parece increíble que quien ostenta la *SUMMA CUM LAUDE* por Roma se atreva a escribir cosas tales!

Ya le he dicho varias veces que somos vicarios, representantes y sacerdotes de Cristo, sin subrayados ni peros. Su bandera es nuestra mayor alegría y a su sombra queremos seguir viviendo y, si es preciso, morir luchando fielmente, antes que desertar a cubiles hedonistas.

Mete su piqueta templada a fuego de hornos protestantes en la causalidad automática de los sacramentos y en la sumisión a la jerarquía, todo lo cual *despersonaliza al individuo*:

“Y entonces lo que resultaría es que trataría a las personas como objetos”.

Con tantos *ia, ia* (en el párrafo que comentamos, p. 244, hay 23) nos parece estar subiendo Despeñaperros en carromato de yeguas. Y para que la ilusión sea fascinante, como si se atascara en el último repecho, el auriga suelta el gran taco, el de mayor efecto y tronio:

“Vender sacramentos o la palabra de Dios era una acción muy rentable pero muy lógica dado el pensamiento que regía todo el andamiaje” (Ib.).

Así, sin respirar, sin una coma siquiera. No sabemos que Renán y Proudhon escupiesen contra la Iglesia de Dios mayores blasfemias; lo que está fuera de duda es que el P. Morán parece no creer ni en S. Pablo, ni en S. Pedro, ni en Simón Mago.

Emplea Vd. toda la página 245 en desfogarse contra la escuela de formadores eclesiásticos, que hacen escrupulosos por un lado y observantes en la materia y forma de los sacramentos,

“magia de la palabra, muy antigua en el paganismo y en el gnosticismo inicial”,

y por otro lado le hace “irresponsable” y

“no comprometido por actuar en nombre de otro”

y si

“éste no pide cuentas de la propia administración o las pide a la conciencia pero se puede vivir externamente en ellas la responsabilidad decrece y termina por aprovecharse del nombre para la propia subsistencia”.

Quiere Vd. decir que hasta ahora el sacerdote ha sido un far-sante irresponsable, que le ha importado dos higas el bien de los hombres y el servicio de los mismos, ¿verdad? ¿Y todo por qué?

“Porque realmente es Cristo quien libera, es El quien responde; la eficacia de la palabra depende del Espiritu... ¿qué importa que se haga de un modo o de otro?”

Palabras que, más que de un teólogo católico formado dentro de la Iglesia, parecen de negados protestantes.

Vuelve a machacarnos con la eterna cantinela de las *suplen-cias*:

“Se revela a sí mismo como suplente, como un reserva, como un delegado y se le continúa hablando de potestad delegado. No es nadie. He aquí el gran descubrimiento y la gran tragedia de su vida” (p. 246).

¿De quién es este nuevo y gran descubrimiento, muy digno de un premio Nobel? Quien representa a otro, no es nadie. Jesucristo no es nadie, Pedro no es nadie, todo jefe de estado, que representa a su pueblo, no es nadie... ¿No habían reparado Vdes. en el gran descubrimiento que hace papilla amarga la vida de todos los que se mueven? Pero, además los vuelve irresponsables, por cuanto jamás

obran "en nombre propio", y por eso no pueden "decidir y elegir".
¿Hay nada más absoluta? ¡Sí, señores, el arquitrabe!

"Porque, además, su actuación no era juzgada por Dios en el fuero de su conciencia, sino que estaba sometida siempre también a la jerarquía, quien le tomaba cuentas de sus "cuentas", no tanto de sus dificultades y de su apostolado"... Así con esta teología que se le imbuía por todos sus poros, era fácil manejarlo... Hay algo que no iba en ella".

Suponemos que sí irá en la teología nueva, que lleva su alforja bien provista de "rebelión" y "revolución".

"La teología del sacerdocio está en mantillas"

y no huele a ámbar. Ignorábamos que se hubiera producido tal alumbramiento poco feliz para la recién nacida, pues su legítimo padre se muestra muy exigente al acusarla ya de que

"no ha reparado en lo creacional y en lo humano, y su primer principio debiera ser éste: LA ORDENACION NO PUEDE IR EN CONTRA DE LA CREACION QUE PROGRESA TAMBIEN COMO OBRA DE DIOS".

Pablo, Agustín, Tomás de Aquino, Suárez y todos los católicos ordenadores de la teología tradicional están citados aquí a juicio, para responder del crimen de lesa humanidad por haber atentado deliberadamente contra ella, contra el progreso y contra Dios. Agárrense donde puedan porque el juicio es sumarísimo, siendo juez y fiscal, a un tiempo, nuestro autor.

IV VICARIO, PERO ¿DE QUIEN?

Acumula Vd., Padre, tantas tragedias sobre el sacerdocio que ni Baco resistió tantas: Cristo, la Iglesia, la Jerarquía, la oración pública.

"el Breviario y otras obligaciones que se le imponían por hacer las veces de la Iglesia",

y aún no termina la retahíla:

"Nos interesa la última suplencia que aumenta su tragedia: es también un suplente de los hombres ante Dios y frente a Dios":

Bien, todo eso que llama Vd. tragedia no es, ni más ni menos, que el deber y oficio del sacerdote y que el apóstol S. Pablo condena en el texto que Vd. cita en latín y yo en castellano: "Todo sacerdote es sacado de entre los hombres para hacerle embajador de los mismos hombres ante Dios, en las cosas que a Dios se refieren". Dice Vd. que "se ha abusado de una espiritualidad barata" de este texto. Pero ¿quién, cuándo, y en qué forma? ¡Como si fuera tan fácil librarse del dogal con que S. Pablo ahorca a deslenguados y blasfemos! ¡Como si la espiritualidad del apóstol consistiera en suspiros de monja histérica!

No digiere Vd. que el sacerdote sea intermediario entre Dios y los hombres...

"Como si la humanidad hubiera sentido la necesidad de ponerse en paz con Dios" (p. 247).

¿Y lo pone en duda Vd. después de tanto estudiar? ¿Qué dice la historia de todas las religiones?

A regañadientes admite la intercesión y maliciosamente la exagera, cargando a la humanidad el pecado que jamás cometió:

"Dejaría a los hombres libres y éstos en un transfert muy típico y muy bien analizado en nuestro tiempo se crearían la conciencia (sic) de su irresponsabilidad ante Dios, porque alguien reza por ellos, ya que para esto está la sociedad humana. Tengo un tío canónigo y eso me basta, decía aquel borracho".

Pues, a buen seguro que el tal borracho no tenía tanto vino como billis parecen tener esas palabras contra la Iglesia y su doctrina. Los hombres del otro lado del Calvario y de éste creyeron y siguen creyendo en la intercesión del sacerdote, mas no por eso abdican de su sentido de responsabilidad.

Insiste Vd. en hacer inseparables la irresponsabilidad y la representación, error que no comete el niño que va por huevos a la tienda y hace tortilla en la calle. Claro que eso no impide el que los hombres sean borrachos sobrinos de canónigos:

"Los hombres necesitan esto: declinar su responsabilidad, hacer que alguien pida perdón por ellos, que rece y ore por su bienestar. Les basta con pagar, si es necesario. Y la historia tiene mucho que enseñarnos a este respecto" (p. 248).

¡Cómo no! Nos dice que Héctor y Aquiles hicieron sacrificios a los dioses y se tumbaron a la bartola, encomendándoles, respectivamente, la defensa o la toma de Troya; que los Cruzados pagaron cien misas a Pedro el Ermitaño y luego se entretuvieron agitando el cubilete, mientras el monje se las entendía él solo con los hijos de Mahoma, en el más sorprendente mano a mano de que se tiene noticia !!!

No puede Vd. soportar que “las angustias, dolores y penas” de la humanidad lluevan sobre el sacerdote, y añade:

“Pero ¡ay! ¡cuán pocas veces se vuelcan sobre él las alegrías de los hombres! Parece como si su existencia no tuviera más lugar seguro que la cruz” (Ib.).

¿Y eso le arranca ayes de asustadiza niñera? “Ejemplo os di. El que no toma su cruz y me sigue, no es de los míos”. “Sufro en mi carne lo que falta a la pasión de mi Señor Jesucristo”. Christo confixus sum cruci”. “Mihi vivere Christus est”. Ese es el puesto del sacerdote católico, al lado de su Jefe, de pie, firme, sangrando como El, como El muriendo si es preciso, dando todavía actualidad a sus últimas palabras: “Perdona a los que te crucifican, porque no saben lo que hacen, ni lo que dicen, ni lo que escriben”.

Cuente, P. Morán, con que me ahoga la emoción por tenerle que decir estas cosas a Vd., que es hermano y amigo, en quien reconozco talento y cualidades tal vez contraproducentes, por atribuírselas a sí mismo en exclusiva. Y mientras pasa el hipo, permítame una pequeña digresión, que pienso que estará de sobra: Luzbel en el cielo fue convertido en repugnante demonio por un acto de soberbia; por lo mismo, Adán en el paraíso abrió una fuente de lágrimas que aún corre y va aumentando el caudal; quiso hacerse Dios Nabucodonosor, y le vieron en Babilonia andar en cuatro y comer rastrojo.

Y sigo. En toda nuestra carrera nos mostraron el Calvario con hitos inconfundibles. Todo nos avisaba que no ha de ser más afortunado el discípulo que el Maestro, que nos veríamos como ovejas entre lobos... ¿Por qué asustarse ahora de lo duro de la cama y añorar satisfacciones indebidas?

“Por suplir a los hombres en todos los sentidos, éstos exigen del sacerdote cuanto ellos no hacen y piensan que debieran hacer y no les permiten cuanto se permiten a sí mismos. He aquí una nueva tragedia...”

He aquí, decimos nosotros, el buen sentido en que abunda la gente de mundo, a pesar de todo. Inmersa en mil pecados, todavía tiene conciencia de que el sacerdote debe estar puro y sin ellos para presentarse ante Dios. No admite fácilmente a los sacerdotes de la nueva ola que lancen por la tapia la austeridad eclesiástica envuelta en la sotana y se *reintegren* al mundo para conocerlo mejor... y disfrutarlo también, ¿por qué no?, como todo hijo de vecino.

Vuelve a repetir por enésima vez que el origen de todas las tragedias está en la vieja teología, siendo

“necesario destruir la teoría, la mentalidad, desmontarla, para comenzar una nueva construcción”.

Sí, ya conocemos su base. Entre tanto

“los hombres les pedirán que hagan todo cuanto ellos no hacen... y le querrán célibe, en un transfert inconsciente, y le desearán pobre, y le pedirán que trabaje, y que no pida, y que viva del aire, y que para asemejarse a Dios tiene que espiritualizarse y estar sobre ellos. Son, sin duda, los mismos hombres los que le han creado esa conciencia de superioridad, que ahora en la práctica ve que era una ilusión y que le hace daño, porque los hombres son muy superiores a él, en riqueza humana y cultural, en experiencia y en vivencia. Y se siente deprimido” (p. 249).

Si la humanidad es consciente o no al exigir castidad al sacerdote, entiéndase Vd. con ella directamente; por lo demás, vamos a cuentas: ¿quién le contó a Vd. que el sacerdote legítimo se sienta deprimido ante nadie? El que aprende bien un oficio y lo desempeña honradamente merece todo respeto y no tiene por qué sentirse empequeñecido. El último y más humilde religioso clásico puede hasta desafiar al más pintado sabihondo. Por el verdadero sabio siente admiración y respeto, más no así por el erudito farragoso, que pasa la vida comiendo y descomiendo libros, sin digerir ninguno, y nos mandan los hechos por ellos a base de tijera y goma, y prueban con una lista interminable de muchos autores, sacada de catálogos de librería, que el nuevo libro producto de su cacumen sólo tiene de nuevo el título y el nombre del autor. Por lo que hace al dinero, sepa Vd. que tuteo a Onasis y a Rockefeller y les miro de arriba abajo. Ellos tienen mil millones y ambicionan algún otro; yo tengo veinte pesetas y me sobran tres y media, ¿quién pone más alto el mingo?

Además, quien funda sus blasones en el dinero, es como el burro que, por llevar sobre sus lomos carga de oro, exige para sus orejas dos borlas de la Sorbona.

Otra tragedia más:

“La crisis de identificación de que tanto se habla hoy, exige primero saber cuál es el original del sacerdote para poder buscar la identificación” (Ib).

Nosotros, los hijos de la Iglesia Católica, ya estamos identificados hace rato. Nuestro único modelo es Cristo, Sumo Sacerdote, que nos marcó el camino con sangre y dijo que recorrerlo no es precisamente ir a bodas. “El que no toma su cruz y me sigue, no es mi discípulo”. ¿A qué venir ahora con coacciones, imposiciones y otras mil zarandajas, como para cegar ojos incautos? Sean ustedes *sinceros*, curas de la nueva ola, que no resisten la rigidez de la Iglesia, y elijan de una vez otros cuarteles. Lo sentiremos mucho, por ustedes en primer lugar, por la Santa Madre Iglesia que llorará siempre la ausencia de hijos esclarecidos, y también por nosotros, pues se nos duplicará la carga.

V. Y SUPLENTE CABE LOS HOMBRES.

Las trilladas *vicarias y suplencias* nos hacen dar vueltas como a mulas de noria, sin adelantar un paso, aunque profundizando en el camino. Cinco páginas mancha con su pluma destiladora de hiel, cuando una fórmula brevísima bastaría a descubrir la *pupa* que aqueja y su remedio: Abajo el celibato, porque el cuerpo bien alimentado y joven, reclama la satisfacción de sus apetitos. Esto no es ninguna novedad. El mío, con setenta y cinco años y más costuras que balón de reglamento, aún osa descomedirse en exigencias; mas por no traicionar a Dios, a quien prometí castidad de por vida, le someto a cintarazos y ayunos, según la receta de S. Pablo, que sufrió los mismos achaques. Mas como ustedes, los de la *nueva ola*, no admiten esa receta y la Iglesia se resiste a complacerles, la personalidad y hombría de que tanto presumen, piden deslindar campos. Es seguro que protestantes, mulsulmanes y mormones les recibirán bajo palio, precedido y seguido de nutridos coros de bellas, destinadas a satisfacer apetitos y a acallar molestas inquietudes. Allí no encontrarán *suplencias ni vicarias, que convierten en nada y en nadie a quienes las desempeñen.*

Entre tanto, apencaremos con el disgusto que nos causan los enormes dislates tan friamente lanzados:

“Aunque se diga lo contrario, le está prohibido amar (al sacerdote), porque un amor no personal, un amor meramente espiritual, un amor de almas, no puede llenar a las personas ni puede ser nunca amor completo”.

Esto se repite varias veces en la misma página, como si tratara de convencerse a sí mismo de lo increíble. Al no poder lograrlo, rasga el papel con una rúbrica digna de mejor causa:

“Y el amor o es completo o no es amor” (p. 250).

¿Quién le autoriza a Vd. para definir el amor con ánimo de enmendar la plana ni más ni menos que a Jesucristo, cuando dice: “Nadie ama más y mejor que quién da la vida por su hermano”? En eso consiste el amor y no en la concupiscencia libidinosa.

Por lo demás, si la profundidad del amor está en el frenesí de la carne, los animales dan lecciones al hombre, porque ni violan jamás la naturaleza, ni empuercan el himeneo que Dios les asignó en el principio. ¡No está bien que las bestias aleccionen al hombre en materia tan importante! El placer carnal, fuera del fin que Dios le asignó, es el más repugnante acto de egoísmo.

Le parece no haber sido suficientemente claro, y repite a renglón seguido:

“Al sacerdote le está prohibido amar, dígame lo que se quiera... He aquí lo que trastorna su propia existencia, lo que le hace anormal, lo que le desplaza de la humanidad, lo que no le permite la santificación personal ni el perfeccionamiento, porque la perfección es la caridad y la caridad no puede sentirse con hondura sin experiencia total del amor personal” (Ib.)

Dicen que las babosas buscan las plantas más delicadas y exquisitas de los jardines. Vd. se mete con su piqueta demoledora en el cielo y en la Iglesia y quiere barrer con lo más grande y santo que hay en ambos. Los ciento cuarenta y cuatro mil que vio S. Juan desde Patmos (Ap 14), únicos que podían cantar el cántico nuevo, y los que siguen al Cordero muy de cerca y a cualquier parte donde va... “éstos son los que no se mancillaron con mujeres, porque son virge-

nes". En cambio están excluidos de la agenda del P. Morán también los miles y miles que guardan su virginidad y su pureza en la Iglesia militante, esperando sumar sus voces a las que entonan el himno que ellos sólo entienden y, por eso, pueden cantarlo en la presencia del Señor. ¿Son todos éstos unos degenerados, anormales, desplazados de la humanidad?

Nada tiene de extraño si bagaje de tan poca estima "no le permite la santificación personal ni el perfeccionamiento". Pero ¿cómo explicar entonces que la Iglesia con su voz infalible haya canonizado a miles de sacerdotes y religiosos, de virtudes heroicas y de celibato comprobado? Porque o la Iglesia se engaña o nos engaña con sus canonizaciones y procesos de virtudes y excelencias de los santos... ¿Se puede maltratar más a la Iglesia?

¡¡¡Intolerable falacia mezclar la caridad con la carne!!! Por favor, habría que repasar el cap. 13 de la primera carta de S. Pablo a los Corintios y ver si aparece allí una brizna de carne en la descripción de la caridad.

Y después de que todo ha quedado hecho una lástima, leemos todavía:

"El sacerdote dada la mentalidad teológica y moral y espiritual, no puede jugar más que al amor" (p. 250).

Así que: Jesús, Sacerdote Sumo, jugó al amor. Los Apóstoles que le siguieron y dieron su sangre por El, jugaron al amor. Los miles y miles de mártires que defendieron su pureza a costa de la vida, jugaron al amor. Nolasco, Peñafort y los religiosos que iban a las costas de Berbería a ocupar los puestos de los cautivos, haciéndose galeotes por los que ni conocían, jugaban al amor. Los Franciscos de Asís y Javier jugaron al amor. Juan de Dios y Vicente de Paúl jugaron al amor. El P. Damián, leproso con los leprosos, jugó al amor. Los misioneros que abandonan patria, familia, comodidades y se sepultan de por vida en la selva, predicando el Evangelio y rascándose niguas y carates, juegan al amor...!!! Ahora sí, soy yo quien emplaza a quien así piense a juicio sumarísimo ante la humanidad, para que se me responda de los agravios que se infieren a sus vástagos más esclarecidos.

¡Señor, el corazón se me oprime y la máquina da chispas como piedra de afilador! Por el látigo que hiciste restallar sobre los profanadores de tu templo, permite decir a mi hermano que falta a la verdad, que calumnia al sacerdote católico, porque éste sabe amar,

ama, gasta su vida, como cirio ante el Santísimo, amando con el verdadero amor: puro, desinteresado, generoso, espiritual; entregándose todo, sin esperar humana recompensa, fiado sólo en las promesas ciertas del Maestro, que nos señaló con su sangre el camino del verdadero amor.

Pero estos caminos de luz no son visibles para ojos pegados al suelo, ni viables para corazones de oro convertidos en barro. Estos no vibran ni heridos por martillos de diamantes y llegan a las últimas excentricidades:

“Ahora bien, si el amor hace al ser y es él quien puede plenificarlo o vaciarlo, estándole prohibido al sacerdote, su ser no es nunca, es a medias...Una vez más las encuestas cantan” (p. 251).

Ya lo saben ustedes, lectores: todos los sacerdotes y monjes de la Edad Antigua, con Gregorios, Leones, Dámasos, etc.; los monjes que salvaron de la destrucción todo cuanto conocemos de la Humanidad en la Edad Media: Copérnico, los Luises, Feijoo, Flórez, Balmes, etc.; de las edades modernas y contemporáneas, ¡pásmense ustedes! no fueron sino *seres a medias*.

¿Quiénes son los completos, los grandes hombres? Pues seguramente que lo es Carlos Dawies, el desertor “a quien no llenaban los dogmas católicos” y en cambio le llenó una cocinera. No digamos nada de la multitud que le sigue, incapaz de mantenerse en sus promesas y en sus votos por no tener a raya sus pasiones. ¡Y aún quieren cegarnos con *doblamientos* y *desdoblamientos*, *psicosis*, y otros terminachos, que ni como hojas de parra sirven para ocultar ciertas vergüenzas!!!

“Una vez más las encuestas cantan”

Yo he oído ese canto, más triste que el DIES IRAE, y la procesión que lo entonaba me hizo desmayar de espanto. Al despertar, empapado de sudor, vi a la luz de dos luceros mortecinos, un gran campo sembrado de tumbas, unas de tierra con dos tablas mal clavadas por cruz; otras como ricos mausoleos de variados precios y colores, mas todo se veía sofocado por gigante avena loca. ¿Qué significa esto, Señor? Pregunté fuera de mí. Una voz, venida de lejos, me respondió: El campo es el mundo; las tumbas pertenecen a esos espectros macilentos, tristes, desorbitados, que creen vivir porque se mueven: son los sacerdotes de todas las jerarquías que desertaron

sus puestos de combate; la avena loca es el hedonismo que, regado por el orgullo, todo lo invade y lo sofoca todo; los luceros son los ojos de la Iglesia, velados por el llanto incontenible al pensar en esos hijos que se fueron IN REGIONEM LONGINQUAM, de donde es problemático el retorno.

Sigue Vd. acumulando tragedias a los sacerdotes de su nueva teología: *díceres, sospechas, incompresiones que les hacen insoportable la vida.* ¿Y le extraña a Vd. esto? Cada cosa tiene su precio y se paga siempre en la vida. ¿Quién va a creer y cómo no se va a sospechar del sacerdote que quemó la sotana y frecuenta bares, playas, cines... luciendo camisas a cuadros y patillas ye-yés? Desconfían de ellos los fieles, porque se sienten traicionados; los desprecian ateos e indiferentes porque son lo que no parecen y quieren parecer lo que no son.

Nunca sucedió eso a los sacerdotes legítimos. Es cierto que su austeridad y negro hábito alteraba la bilis de muchos incrédulos y libertinos; pero no lo es menos que esos mismos acudían, y acuden, al sacerdote en demanda de socorro a la hora de la verdad. Somos testigos cualificados los que llevamos muchos años misionando, especialmente en el extranjero. Aún nos queman las lágrimas de liberales y masones, que no creían ni en el badajo de las campanas, y llegaban tremendamente doloridos, sí, pero confiados en que el cura solucionaría las horribles tragedias de familia causadas por ellos mismos. ¡Para que doctorcetes de a ochavo vengan a darnos lecciones de cómo se vive la vida! Nunca la arcilla de charca dio porcelanas chinas, y lo pruebo con las siguientes palabras del padre:

“No puede (el sacerdote) contentarse con que se le prediquen sus relaciones para con Dios y una vida intensamente espiritual que le ha de salvar de los posibles peligros. Que le conviene que tenga dominio sobre sí mismo, reflexión constante sobre las acciones que esté desempeñando y fuerza de voluntad para mantenerse en su puesto, porque en definitiva no sabe claro cuál es su puesto” (p. 252).

No lo sabrán ustedes, sacerdotes ye-yés, nosotros sí lo sabemos: donde hay lágrimas que enjugar y miserias que compartir; enseñar al que no sabe, en dar consejos de buen vivir de palabra y con el ejemplo, en corregir al que yerra, en perdonar las injurias y en aguantar con paciencia las enormidades que dicen y escriben los cu-

ras y frailes nuevos, mal avenidos con el celibato y con la autoridad de la Iglesia.

Y sigue el Padre:

“No es extraño, pues, que en la sociedad y en la comunidad cristiana al cura se le haya considerado casi siempre como un “bicho raro” o como el “coco” o como un estorbo más” (p. 253).

Nunca la sociedad, y menos el pueblo cristiano, vio en el sacerdote ni bicho raro, ni coco, ni estorbo; es ahora, cuando ustedes, despechugados y audaces, a quienes no llena la espiritualidad, como viene repitiendo cien veces, se lanzan por las calle del medio y hacen tabla rasa de los mandatos eclesiásticos. Ahora sí, la sociedad, cristiana y no cristiana, se tapa la cara con las manos, de horror, de vergüenza y hasta de miedo, por presentir la ira de Dios que llega en alas de su justicia, al no haber un Moisés o algún Aarón que la contenga.

Cita Vd. a san Agustín para decirnos que la santidad no consiste en el dominio de las pasiones, “estoicismo muy entrado en la conciencia cristiana”. Va a terminar por decirnos que la doctrina de Cristo no es del Padre sino de Epicteto y compañía. Es cuestión de que lo diga un protestante alemán de nombre enrevesado y se jurará a pies juntillas. Tan y mientras, diré con el baturro, recibamos el último y más audaz cañonazo:

“Temperamentos sensibles y pasionales, como Pablo y Agustín de Hipona, han dado un impulso al cristianismo y fueron capaces de virarlo, con razón o sin ella, con mejor o peor suerte, por los caminos que ellos trazaron con su vida y con sus escritos y predicación (p. 253).

Algo aquí huele a protestante como tomillo a tomillo. ¡Ne quid nimis! Pues sí, señores hay algo más:

“Nadie les hubiera creído ni los hubiera tomado en consideración si hubieran comenzado una existencia ajena a todo lo humano” (Ib.).

¡Vamos! Sea *sincero*, díganos claramente qué apóstol y obispo, de no haber conocido mujer, uno sería vendedor de ojotas en las esquinas de Tarso, y otro, pues maestrillo de primeras letras en la escuela de Tagaste. ¡Qué gran descubrimiento! En nuestros años mo-

zos leímos que algunos antiguos negaron el origen divino de la Iglesia y atribuyeron su fundación a San Pablo. Lo que no sabíamos era que estuviera en tela de juicio la razón y suerte de apóstol y obispo. ¡Menudo timonazo el que pegaron a la Iglesia!

Me permito decirle que la obcecación puede hacerle a uno pueril e injusto:

“...solamente cambiando la teología del sacerdocio se podría cambiar la psicología del sacerdote y la de los hombres y las mujeres frente a él. Solamente diríamos que también el sacerdote quiere ser libre en su elección y no quiere coacciones de tipo intelectual o moral, quiere huir de la psicosis que con frecuencia le crean y a los problemas que la sociedad le adosa como si sólo él debiera cumplir con el compromiso que la sociedad tiene contraído con Dios” (Ib.).

La nueva teología que se propugna aquí, se reduce a que el cura pueda casarse y hacer la vida de cualquier ciudadano. ¿Cree sinceramente en un cambio psicológico y en una independencia mayor del sacerdote por eso? No extraña que quiera enmendar la plana a S. Pablo (ya lo quiso hacer con Cristo) al rechazar las preocupaciones y lazos que el apóstol señala en el matrimonio, de los que quiere preservar al sacerdote para que más libremente pueda dedicarse a las cosas de Dios y de los hombres. En las iglesias orientales hay sacerdotes casados: ¿son más independientes que los católicos célibes? ¿son ellos los que llevaron la fe al mundo?

Es una injusticia acusar a la Iglesia de *coacciones intelectuales o morales*, a no ser que se llame coacción a las enseñanzas que ella da a quienes escucharlas quieren. La Iglesia tiene sus centros de estudio, pero los ofrece sin engaño ni mentira a quienes libre y espontáneamente los aceptan. ¿Alguien le llevó a usted amarrado al seminario y después al sacerdocio? ¿Alguien le tiene amarrado hoy, obligándole a seguir por el camino que voluntariamente emprendió? Lo que no es justo, ni caballeroso, ni honrado, ni decente seguir jugando a dos caras.

Por enésima vez la Iglesia Católica acaba de repetir en el Sínodo de Obispos que exige el celibato, como traje de etiqueta para asistir a las bodas de Cristo con su Esposa la Iglesia. Todo lo demás es música y no celestial.

He terminado el largo y penoso camino que me propuse recorrer,

más fatigoso y largo por llevar delante a un hermano y amigo; pero **MAGIS AMICA VERITAS.**

Y ahora a esperar, o con los brazos abiertos o con la escopeta cargada, aunque sólo sirva contra pardales y halcones que puedan hacer daño en el campo de la Iglesia. Aspiro de rodillas el humo del incienso pero no me asusta el de la pólvora.

P. Eduardo Díez